

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
 DECANO DE LOS PERIÓDICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

La metamorfosis de la semana

AÑO III
 N.º 151
 Febrero 14 de 1897
 PRECIOS-SUSCRICION
 MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
 Los mismos precios en moneda equiva-
 lente con el aumento del franco.

Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 50 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS.
 Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.



IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57

Si no anda el mundo al revés,
 dígalo el caso presente.
 Resultó el feroz decente
 y pillos los otros tres.

La prensa es la criminal
 y don Ciriaco el honesto...
 Vamos; que sólo pasa esto
 en esta tierra oriental.

SUMARIO

TEXTO—«De la semana», por Arturo Giménez Pastor.—«Teatros» por Re-Bemol.—«Un hombre bien educado», por L. Cob y Bárcena.—«Para Ellas» por Miriam.—«Galanterías», por Gonzaga Bompard.—«La niña, la esposa y la suegra», por Luis Royo Villanova.—«El trovador y la maga», por José Estremera.—«Menudencias», por Kiel.—«Correspondencia particular».—«Nita», (conclusión), por Miriam.—«En la Confitería Americana», por A. E. GRABADOS—«La Metamorfosis de la semana».—«Gran desconcierto, por la murga», por Wimplaine II, varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.

De la semana

No; lo que es acontecimientos no han faltado en la semana.

Empezando por el incidente entre el coronel Rodríguez y el doctor Brian, que para la gente aficionada á chismorreos y malas palabras fué cosa de chuparse los dedos y taparse las narices.

El coronel se despachó á su gusto con el edil y Secretario, acusándole de ciertas cosas que nadie debe creer (*La Nación* puede atestiguarlo) porque como el doctor Brian ha pasado la flor de su vida junto á los gobernantes, sería cosa de suponer que éstos lo sabían todo; y eso es imposible, perfectamente imposible, tratándose de gobernantes como don Julio Herrera y Obes y don Juan Idiarte Borda, ¿verdad?

Con motivo de esto se habló de un duelo á muerte, pero luego se desistió de la idea, sin duda considerando que si moría alguno de los combatientes iba á alcanzar el duelo á la familia.

De aquí, y quizá porque el asunto era demasiado sucio, no resultó nada en limpio.

Verdad es que quizá el doctor Brian no esté del todo agraviado con el francote del coronel, porque, la verdad en su lugar, éste lo ha puesto como nuevo.

Y á mí se me figura que al doctor Brian no ha de venirle mal que lo dejen como nuevo.

Y aún que lo hagan de nuevo completamente.

**

Al señor Idiarte Borda le están sacando retratado en las cajas de fósforos. Y así cualquiera lo compra por un *vintén*.

Pero lo malo es que los mal intencionados aprovechan la oportunidad para decir que es una figura de caja de fósforos, sin que se les pueda probar lo contrario.

Aparte de que parece predestinación esto de que lo han de meter siempre entre *mistos*.

**

El Partido Colorado se prepara á efectuar el anunciado *meeting* en honor de don Tomás Gómensoro, con motivo del cual, y como señal de protesta contra el Gobierno, á lo que se dice, ha solicitado del comercio que cierre sus puertas el día señalado para la manifestación.

Si el Partido Colorado abriga la esperanza de imponer ó inquietar al señor Idiarte Borda con esto de la clausura de los comercios, va por mal camino, á nuestro ver.

Las casas de comercio que se han cerrado desde que él gobierna, sin que se le importara un ardite, no son para contadas en tres cuartos de hora.

Con que, cualquiera le impone al señor don Juan con clausuras de comercios!

En cuanto al resultado del *meeting*, mientras esté el señor Sanchez en la Jefatura de Policía, es cosa de pensarlo.

Por lo pronto puede ocurrir que le dé por reglamentarlo, como la reunión de Cibils, y exija que todos los concurrentes vayan peinados de onda y con barba cerrada, sin perjuicio de hacer espachurrar por llevar los botines apretados, *verbi gratia*, alguno de los del *meeting*.

Así como así se *meting* nadie con la policía en estos tiempos!

**

Anuncian los diarios que se va produciendo una alarmante baja en los valores.

Esto de que bajen los valores tiene nece-

LA BAJA DE LOS VALORES



sariamente que producir inquietud en días de inminente revolución, porque es cuando se necesita más valor.

Menos mal que la noticia se refiere á los valores de bolsa; como quien dice, á los títulos de deuda, títulos hipotecarios y demás títulos.

Y ahora es cuando han de felicitarse el señor Ministro de Fomento y el ex-diputado Llovet de no tener el título de ingeniero que usan.

Porque así no les alcanzarán las consecuencias de la baja, probablemente.

**

Lo que es el contajio!

El Partido Blanco está organizado en Concordia. (Y cuenta que es curioso que se prepare tan luego en *Concordia* para una revolución.)

El Partido Colorado se está organizando á toda prisa como es de pública notoriedad.

Y ahora la Dirección de Salubridad anuncia que el agua corriente contiene 5.28 de materia orgánica por litro.

Esta cantidad de materia orgánica da qué pensar á algunos.

¡Si se estará organizando también el agua!

**

Curiosidades del día.

Al doctor Brian le ha puesto el Coronel Rodríguez de oro y azul; el partido colorado se apresta á la lucha; los blancos piensan invadir por Cuchilla Negra. Cabral se ha hecho un *jacket verde*...

Si la situación no parece un arco iris, parece una trastienda de tintorería.

**

Coló el señor Abel Perez en el Senado.

Don Julio Herrera trabajó por él con empeño, no se puede negar, y, quieras que no, le metió en danza, persiguiendo al señor Baragnano con un encarnizamiento elevado á la quinta potencia.

El desgraciado primer suplente fué inexorablemente sacrificado en virtud de ser quebrado de antiguo, según sentencia de los Tribunales.

—Pero á la verdad, decía uno,—no encuentro que una quebradura más ó menos sea tan grave inconveniente. Más quebrada tiene la pierna el Dr. Segundo y está tan cómodo en el Senado.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

TEATROS

El beneficio de la Pastor, celebrado el viernes en el Pabellón, ha sido un éxito completo. El teatro estaba lleno, llenísimo. Las piezas representadas

obtuvieron un desempeño correctísimo, tanto por parte de la beneficiada como de los demás artistas.

La elección de las piezas no ha sido, en mi concepto, aceptado. Excepción hecha de *Primavera*, que vale mucho en sí y en la que la señora Pastor ha hecho una verdadera creación en su papel de viudita (Emilia), las demás piezas no tienen nada de notables; tanto *Los Inútiles* como *Las Peluconas* pueden calificarse de discretas... y esto es mucho.

Con todo, la beneficiada recibió repetidas muestras de simpatía y aprobación en los diferentes pasajes de la representación.

La señora Pastor se despide con su función de gracia de nuestro público y del teatro, según su propia confesión, con sentimiento, con verdadero sentimiento. Y en verdad que es de sentirse (lo decimos por nuestra parte), que una artista de las facultades de la Pastor abandone tan pronto el escenario en que ha conseguido tantos triunfos.

Qué hemos de hacer; un nuevo aplauso... y buena suerte.

RE-BEMOL.

UN
SEÑOR
MUY
PULCRO



Un hombre bien educado

Era don José Pulido, según la historia refiere, un viejecillo atildado, medio seco y medio verde, que gran fama de cortés logró entre los más corteses. Siempre fino y cariñoso, amable y atento siempre, pasóse la vida haciendo genuflexiones y dengues,

con el sombrero en la mano y el cuerpo formando un puente. Jamás por él se vió nadie molestado en lo más leve, y nunca dió un pisotón sin que al instante pidiese medio millón de perdones ocho docenas de veces. ¿Y pulcro? Gastóse en drogas, jabón, cepillos y peines un caudal; todos los días se rasuraba el vejete, y estrenaba calcetines y se limpiaba los dientes. Una noche, por ceder en la plaza de Celenque la derecha á dos señoras con honores de toneles, le atropelló una carreta que le partió por el eje. Sin esperanzas de vida fué transportado don Pepe á la casa de socorro, donde acudieron á verle algunos de sus amigos y varios de sus parientes. Subió el peligro de punto, se hizo terrible la fiebre, y don José, viendo próximo el instante de su muerte, incorporóse en el lecho, murmuró con voz muy débil: «Que me corten bien las uñas para el día que me entierren,» y al poco rato, diciendo: «Con el permiso de ustedes,» dió unas cuantas boqueadas y se murió santamente.

L. COB Y BÁRCENA

Para Ellas

El figurín que presentamos hoy á nuestras lectoras es de la novedad más absoluta y de la más encantadora sencillez. Una talma de invierno, graciosamente cortada por la casa Rouff de París. La prenda es de paño claro con bordado finísimo en toda su extensión y en la cara interior del cuello á lo Valois. Antes de que los periódicos europeos den la nota inicial de las modas de Otoño, nosotros queremos presentar á nuestras lectoras esta primicia.

Este sencillo y ligero abrigo es el más apropiado para paseo á pié ó en coche.

El sombrero, también muy sencillo y elegante, con elevado penacho, de plumas, es uno de los últimos modelos de la casa Carlier.

¿Se han fijado ustedes en las veleidades autocráticas que gasta nuestra Excelencia Mayor? Realmente el hombre es un estudio. Hubiera debido nacer en las gradas de un trono, tan imbuida tiene la noción del mandato absoluto. Y lo que causa más extrañeza no es por cierto el uso y abuso de la autoridad, (que nuestro pobre país está acostumbrado á ello), sino que todos á una obedecemos, por más que se murmure y corran rumores de revolución. Digo rumores, porque hasta ahora mucho se ha dicho y poco se ha hecho: cosa vieja entre nosotros.

Está visto que somos un rebaño de mansos corderos; que lo único que sabemos hacer es balar lastimeramente cuando al esquilarnos nos arrancan un pedazo de piel junto con la lana. Y tan obedientes somos que, si á don Juan se le ocurriera echarse al agua, nos echaríamos detrás de él; imitando no sólo á los carneros de Panurgo, sino también á los súbditos de un renegrido rey en las Islas Célebes.

En ese primitivo país, el principio de autoridad está tan arraigado, que los actos más nimios de la persona real son la norma de conducta del país entero. Todo el que esté en la presencia del rey tiene que obrar como él, ó sufrir el consiguiente castigo por desacato á la Magestad Real. Si el rey camina, todos echan á andar. Si el rey se sienta, todos los presentes lo hacen, aunque sea en el suelo. Si el rey se baña y acierta á pasar cualquier persona, tiene que largarse al agua con sus ropas, aunque sean las de Domingo. Si el rey estornuda, ¡atchiss! toda la corte idem. Si el rey... vaya que sería cosa de nunca acabar.

Díganme ustedes, lectoras amigas, lo que sería de nosotros si á nuestra Excelencia se le ocurriera darse este último corte... me horroriza solo pensarlo.

El día que se cortara la berruga aquella que todos conocemos, tendríamos que cortarnos la punta de la nariz ó parte de la oreja para imitarlo, (que á todos



no nos está dado gastar berrugas). Y si le diera por teñirse las canas, todos tendríamos que cambiar de pelo.

Aunque para cambiar de pelo y de cutis, permítanme que les diga que no necesitan ustedes que nadie les obligue á ello.

El 3 del corriente estuve en las regatas, y francamente confieso que me dió pena ver tanta muchacha bonita, desfigurada su belleza, marchita su juventud, por las unturas con que cubren su cara con el fin de embellecerse. Allí ninguna se preocupaba de las regatas; todas se pasaban el tiempo delante de los espejos echándose polvos y alisándose la crema Simon, renegando del viento que desaliñaba sus peinados, ó desprendía sus sombreros. Todas preocupándose de su toilette, mirándose unas á otras, estiradas, con movimientos estudiados, sin espontaneidad ni naturalidad.

Deveras que es una lástima. Ninguna de ustedes, queridas amigas, necesita de tantos afeites. La mujer oriental es bella de por sí: no necesita colorete ni blanquete (dirían que estoy hablando de partidos) para que su rostro se asemeje al pétalo de una rosa. Créanme: no es bonito eso de tener la frente, la nariz ó las barbas blancas como un papel, dos redondelitos bien parejos de carmin en las mejillas. No es natural, y lo que deja de ser natural resulta ridículo tratándose de caras.

Por favor, no vayan ustedes á sulfurarse y tomar á mal este amistazo rezongo, y tengan presente lo que dijo Alejandro Dumas (hijo).

Cuando veía á una mujer caminar airosa en día de viento, sin tenerse el sombrero ni atajarse el vestido, con la cabeza erguida sin cuidarse de su peinado, decía que esa mujer tenía la línea: era para él la expresión de la suprema elegancia.

Y á la verdad ¿quieren ustedes algo más sin gracia que el encogimiento del cuerpo para que no se alce el vestido, y eso de llevar la cabeza baja y el brazo levantado para que el viento no se lleve el sombrero mal sujeto? Así estaban todas en las regatas y confieso que no estaban elegantes. Y no se diga que faltaban muchachas bonitas, que las había por centenares. Nada, nada: menos afeites y más cuidado con la línea y... ¡bien por la mujer oriental!

Será el grado álgido de civilización á que hemos llegado que nos trae todos esos convencionalismos. Felices los pueblos que conservan aún su primitiva ignorancia y su inocente brutalidad. ¡Oh, admirable candor del salvaje que se viste con una pluma en el cabello, y cuya mujer no gasta más lujo que un collar de carozos! Esas han de tener la línea ¿Qué digo? han de tener dos: la horizontal y la vertical, según estén paradas ó acostadas.

Y á propósito de candor y salvajismo, ahí vá un euentito:

Dos oficiales españoles en viage de recreo llegaron hasta Marruecos, donde los recibió el Sultán con toda amabilidad. Después de llenadas todas las fórmulas de la etiqueta, el Sultán condescendió en conversar amigablemente con los dos europeos abrumándolos con sus numerosas preguntas. Quería enterarse, no de la vida política de la Europa, sino de la vida privada de sus Soberanos. El Papa, sobre todo, le llamaba mucho la atención.

—«El Papa», preguntaba «¿quiere mucho á la Reina de España?»

—«Seguramente», contestaban los españoles.

—«Y la Reina de España ¿quiere mucho al Papa?» proseguía el Sultán.

—«Muchísimo» asentían los oficiales.

El Sultán quedó meditabundo, y después de breve pausa, exclamó:

—«Y entonces ¿porqué no se casan?»

¡Tableau!

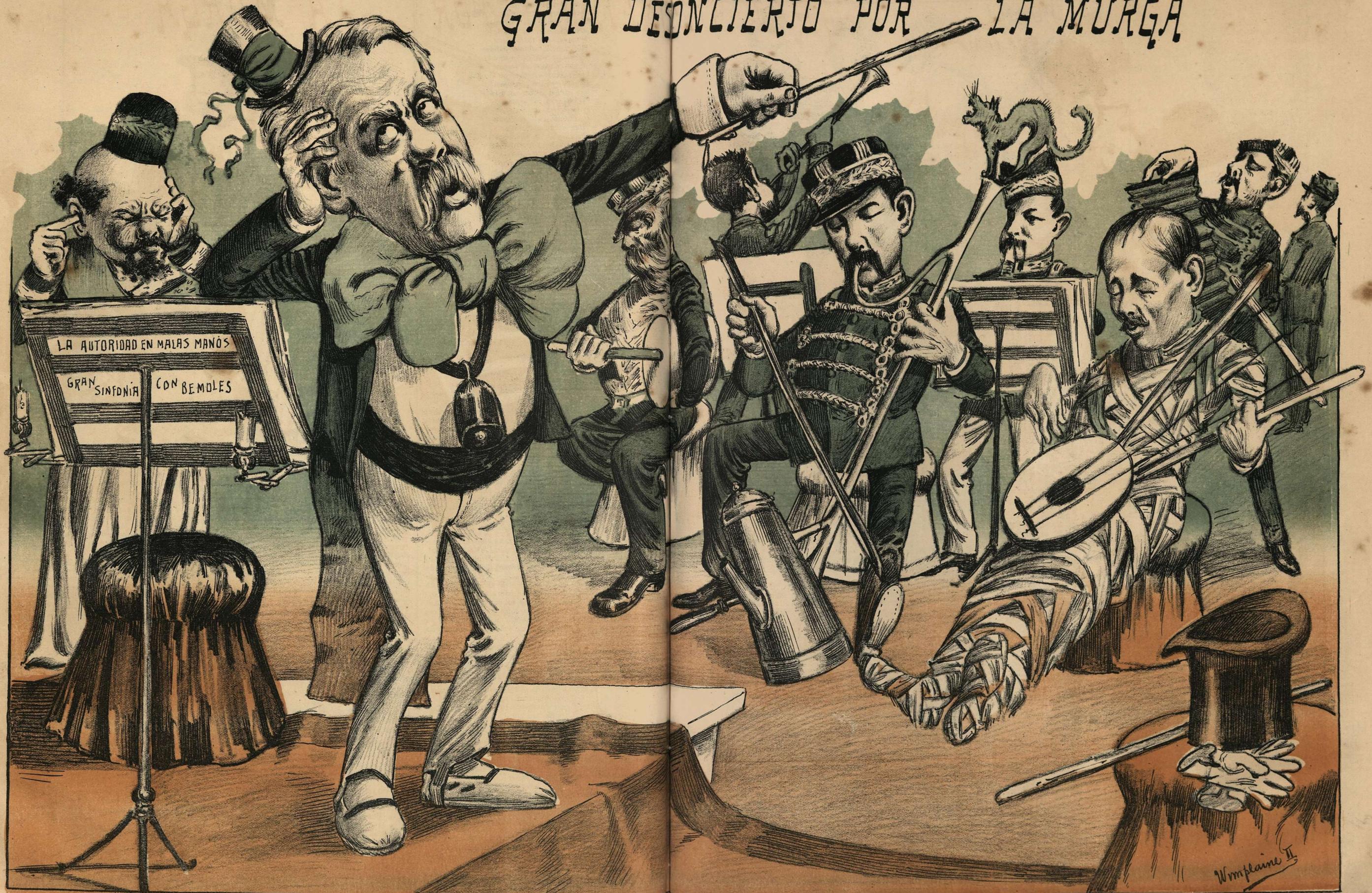
MIRIAM.

Galanterías

—Es Dolores tan villana que no la puedo ya ver. ¿Qué te ha hecho?

—Vas á ver; iba yo la otra mañana como siempre á enamorarla. Al verla me sonrei y cuando temblando fui amartelado á besarla, ¿á qué no sabes Clemente qué hizo la desventurada? —¿Te arrimó una bofetada?

GRAN DESONCIERTO POR LA MURGA



—Cada uno va por su lado;
con toda tranquilidad
desprecian mi autoridad
y quedo yo mal parado...

Tal desoncierto me mata
pues flojedad se me imputa
por querer llevar batuta
no siendo más que un *batata*

Wmplaine II

—¡Oh, nada de eso! Insolente, hacia atrás dos pasos dió, y un ademán tan grosero hizo Dolores que entero, todo su honor mancilló.
—¿Qué fué ello?

—Te lo diré, aunque el decirlo me cueste, pero un sinsabor como este mata por siempre mi fé. Yo soy pobre, no lo niego; visto mal; mis pantalones cierto que están en girones, pero, Clemente, soy ciego, ¡he sido ciego al amar á esa ingrata de Dolores que dióme como favores infamias á saborear!
—¿Pero qué fué ese ademán?
—Pues... pues... un corte de manga.
—¡Jesús mío, qué guaranga la niña! ¡Vaya un desmán!
—¡E injusta!
—Tienes razón.
—¡Tal insulto no me hacía falta!
—¡Oh! Más falta te haría un corte de pantalón.

GONZAGA BOMPARD



La niña, la esposa y la suegra

¡Libreme Dios de afirmar con Michelet que «la mujer, desde que es mujer, es una enferma», y mucho menos de asegurar con el malhumorado Schopenhauer que la mujer «es un ser de cabello largo y entendimiento corto»!

Basta con parar mientes en la faz sonrosada y en el agudo y precoz ingenio de cualquier niña para comprender que el historiador francés, lo mismo que el filósofo alemán, entendían poca cosa de faldas.

Y es que los hombres estudiosos se vengan con el sexo bello de las rechifas y desaires que sufren en la vida de sociedad.

El filósofo que se pasa la vida entre premisas y silogismos, ya «negando la mayor», ya «negando la menor», ¿cómo ha de competir con el gomoso, que está por las mayores y las menores, prefiriendo á la rigidez escolástica la alegre filosofía del «Me gustan todas» que hizo popular *El Joven Telémaco*?

¿A quién no le gusta la niñez? Y sobre todo, ¿a quién no le gusta la niñez femenina?

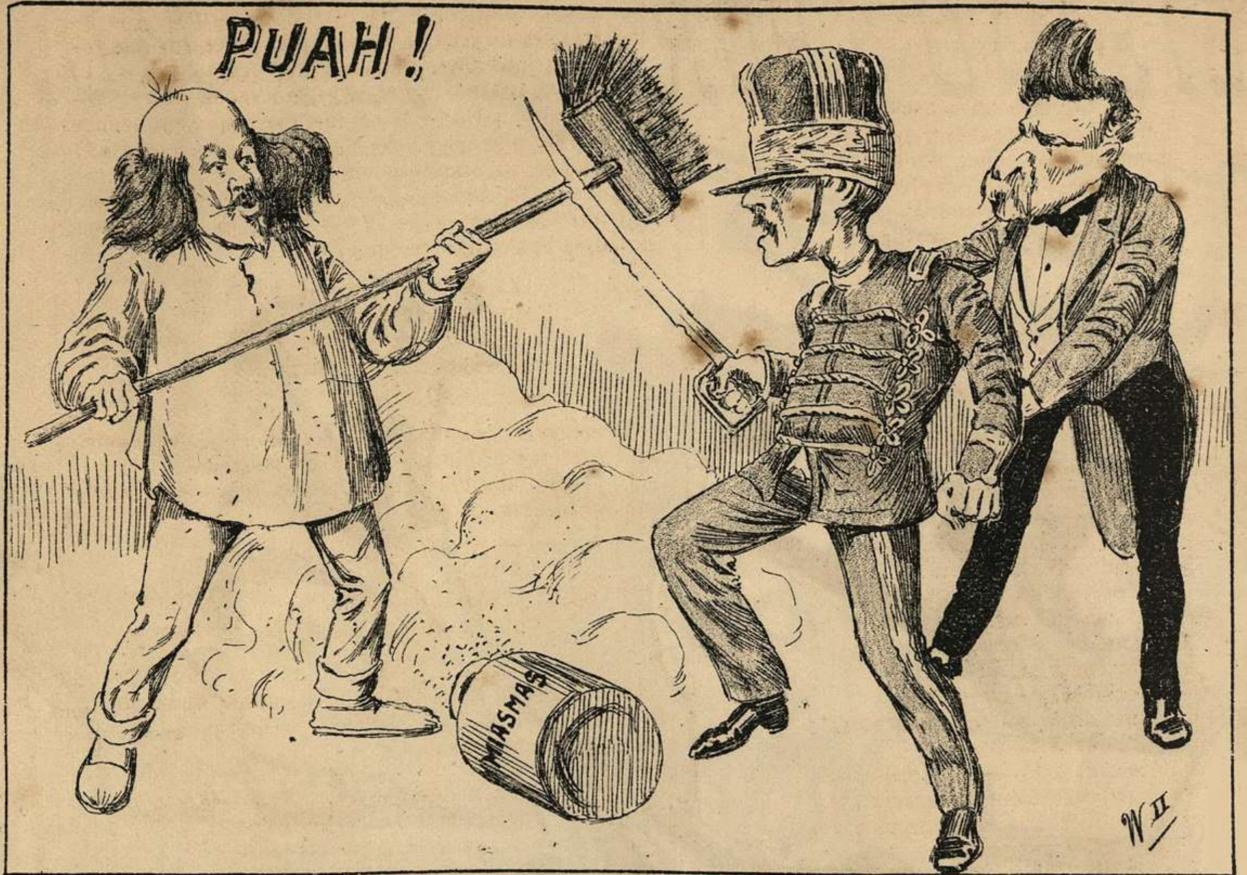
Los niños suelen ser díscolos y traviesos; su inteligencia es tan perezosa como madrugador su mal instinto; el que á los diez años no fuma, ha sido ya á esa edad la alegría del vajillero de la casa y el tormento de los vecinos del piso de abajo.

Pero ¡las niñas! Yo tengo puestos los ojos en las niñas, como otros tienen las niñas en los ojos.

Una niña es la alegría de una casa. El superior instinto mujeril guía de tal modo sus palabras, que un padre, siempre temeroso de que su hija cometa inconveniencias, no debe esperar de su hija más que monadas y oportunidades.

La Historia, en cuanto á la niñez, ha sabido también distinguir los sexos.

La espada del Angel exterminador atravesó el pecho de todos los primogénitos de la familia egipcia, pero no tocó á las niñas ni el pelo de la ropa.



Herodes mandó acuchillar á todos los niños de Judea, pero ni siquiera una niña pereció en la Degollación de los Santos Inocentes.

Cuando Faraón arrojó al Nilo á los infantes israelitas, pasó tres cuartos de lo mismo.

Y, sin embargo, los moralistas y filósofos de todos los tiempos, según se expresan hablando de la mujer, hubiesen obrado de otro modo á tener cualquiera de esas tres espadas.

¡Pobres niñas!

Apenas nacen, ya sienten el primer martirio con el pinchazo que abre en sus orejas el agujero para los pendientes.

Sin duda el comadrón quiere acostumar la oreja de la niña para los posteriores pinchazos de la adulación.

II

Compadezco á los célibes, en cuyo inútil gremio tengo el honor de contarme, por ahora.

Eso de pasarse la existencia siendo en las fondas «el caballero del número 2», ó en las casas de pupilo «el huésped del gabinete», podrá dar mucha libertad, pero es una libertad mal entendida.

Como la *Liberté, Egalité, y Fraternité*, de la bandera francesa, según el *calembourg* famoso.

Liberté, ¡point! Egalité, ¡point! Fraternité, ¡point!

Una esposa no es á menudo más que un paño de lágrimas, pero no hay en el mundo paño que más enjugue.

Que la luna de miel pasa pronto; que la más hermosa se aja, y el talle más esbelto se convierte en ridículo corpachón...

Todo ello es muy doloroso cuando los nenes brillan por su ausencia.

Pero, en otro caso ¿qué importa que el árbol se encorbe, cuando se encorva al peso de los frutos?

Si la mujer es la bella mitad del hombre, claro es que el hombre no está completo más que cuando se casa.

Y esto ya lo dijo nada menos que el código de Manú:

«Un hombre completo se compone del hombre y una mujer.»

Difícil es que cada cual encuentre la horma de su zapato.

Pero raro es el zapato que no se aviene más que con una horma.

Las esposa honrada, fiel, amante, cariñosa y buena, no es, como se cree, un mirlo blanco; ó el matrimonio es una jaula universal tan rica, que está llena de esta clase de mirlos.

Lo que hay es que lo raro y excepcional mete más ruido que lo común y ordinario.

Esto lo vemos todos los días. Como decía el otro: «Uno que chilla se oye más que cien que se callan.»

En materia de muertes, por ejemplo, abrimos un periódico y encontramos á los suicidas en la sección más interesante, entre las noticias, mientras que á los fallecidos de muerte natural los ponen despreciativamente allá detrás, entre los anuncios.

El matrimonio, que siempre es feliz en sus comienzos, puede seguir siéndolo hasta el final.

Pero hay que aprender á ser feliz, como á beber agua azucarada.

Respetando el dulce residuo que queda en el fondo de la copa, porque él endulzará toda el agua que bebamos más tarde.

Nada de rebañar el fondo azucarado de la luna de miel.

Conste, pues, para satisfacción de mis lectoras, que soy entusiasta partidario y propagandista del matrimonio.

Para mí el matrimonio es el primero de los sacramentos.

Aunque esto sea contar al revés.

III

Hay mucho de convencional en el tipo clásico de la suegra.

Así como en tiempos de Plauto las cabezas de turco de la sátira romana eran el *mulex gloriosus* y el parásito, sin que por eso pueda asegurarse que todos los legionarios eran fanfarrones, ni que fueran pegadizos todos los jóvenes que vestían la toga *pretextata*, la sátira actual (mal digo, la sátira anticuada) maneja como inagotables resortes cómicos á la suegra, al maestro y al cesante, como si no hubiera suegras aceptables, ni maestros bien retribuidos, ni cesantes que no se roen de hambre los codos.

Aquí estoy yo, que soy cesante, sin ir mas lejos. Quiero decir que soy cesante y no paso de ahí porque no cobro cesantía.

A pesar de lo cual no me como los codos, ni siquiera las uñas, que es la menor manifestación de la antropofagia.

Y pasando del gremio de cesantes, al cual perteneczo de derecho (si bien no de derechos pasivos), al gremio de suegras, con el cual no me unen relaciones yernocráticas de ninguna clase, juro, á fe de soltero honrado, que no conozco á la suegra-tipo, ni he visto en las mejillas de ningún casado la huella de las uñas políticas-maternales.

Rompo, pues, con el mayor gusto mi tercera lanza en favor de las suegras, como he roto las dos anteriores en pro de las niñas y de las esposas.

Esta *sazaña* mía ha de eclipsar, seguramente, á todas las de Suero de Quiñones.

Pero seamos lógicos.

Cuando hacemos el amor á una mujer, lo primero que le decimos es: «¡Viva tu madre!» Cuando nos casamos decimos á nuestra esposa: «¡Tu madre es insufrible!»

Convengamos en que el casamiento de una chica no puede alterar de ese modo las condiciones morales de su mamá.

Además que, contra toda clase de preocupaciones, la buena amistad entre yerno y suegra está garantizada por la ley fatal de atracción entre los sexos opuestos.

No es que yo quiera curarme en salud ni ponerme bien con el gremio de suegras, bajo el cual he de padecer, la epístola de San Pablo mediante.

Cuando yo me case he de mandar hacer dos letreros.

Uno para mi corazón: «¡Viva mi dueño!»

Y otro para mis costillas: «¡Viva mi suegra!»

LUIS ROYO VILLANOVA



El trovador y la maga

I

Por aquella selva oscura, bóveda de estrechas ramas donde el sol nunca penetra, donde las aves no cantan, iba el trovador Ramiro con su cítara á la espalda, triste como el desdichado que vive sin esperanzas. Y cuando sólo se mira, un hondo suspiro lanza, la cítara empuña, y ciego la arroja al suelo con rabia. Quitó la daga del cinto, arroja lejos la vaina y hacia su pecho dirige la aguda punta acerada. —Detente—súbito dijo una voz vibrante y clara; y el mancebo, sorprendido, alejó del pecho el arma. Y vió que de entre el ramaje hacia él venía una maga, serena como la luna, bella como la esperanza. —¿Qué vas á hacer, insensato? ¿En tu juventud lozana quieres matarte?—le dice.— Ven, cuéntame tus desgracias, que aunque ellas muy grandes sean, yo por artes soberanas, tan pronto como las digas he de poder remediarlas. —Soy trovador—él responde entre sollozos y lágrimas,— soy trovador que en castillos, palacios y villas canta. No sé si bien adquirida será, mas gozo tal fama que me miman los señores y me buscan los monarcas. Entré un día en el castillo que del Peñasal se llama. ... ¡Nunca llamara á su puerta! ¡Nunca el rastrillo pasara! Loco, enamorado, ciego me tiene la castellana, pues solamente fué obra de un punto verla y amarla. Pero soy pobre, y su padre no ha de dar su mano blanca sino á quien tenga castillos y vasallos y mesnadas. La maga le dijo entonces: —Para cumplir mi palabra, surjan en este momento de troncos, hojas y ramas dineros, soldados, gentes, meninas, pajes de lanza, prestes, alcaides, pecheros, enanos, dueñas y damas. Marchó el trovador con todo, casó con la castellana, y colorín colorado..... aun el cuento no se acaba.

II

Eran seis meses pasados con sus veintiseis semanas y sus cuatro mil trescientas sesenta y ocho horas largas. Por aquella selva oscura, bóveda de estrechas ramas, iba el trovador Ramiro, ya sin cítara á la espalda. Y cuando solo se mira, empuña fiero la daga, y hacia su pecho dirige la aguda punta acerada. —Detente, insensato—entonces le dijo también la maga. —¿No conseguiste casarte con la hermosa castellana? —Sí que me casé—responde. —Entonces, ¿por qué te matas? —Por eso precisamente,— dice, y el puñal se clava.

JOSÉ ESTREMER

Menudencias

POR KIEL

Los señores de Algora—gatos excelsos—han logrado una vez más entrar en el recinto legislativo.

Desde el señor Ríos Jiménez (caballero parabólico y apocalíptico) hasta el señor Cardoso Carvalho (tarjeta de visita permanente), todos los *camareros* se encuentran en sumo grado complacidos. El señor Avegno fué contrariado, en razón de ser argentino; lo cual no está en justicia, pues tratándose de recibir plata al fin de mes, un *argentino* lleva el derecho en su propio nombre.

Los demás, todos ellos satisfechísimos, han concurrido á la Cámara de HONORABLES, lo cual es una paradoja como otra cualquiera.

Ya es sabido lo que harán en esta legislatura. Nada brillante veremos... ¡Es una cámara oscura!

El general Villar ha sido nombrado Comandante de Fronteras al Norte de la República.

Hay apellidos que comprometen, y dado el caso que invadieran los revolucionarios

Mala fortuna le espera á Villar, pues la victoria si logra, todos dirán que ganó por *carambola*.

Don Juan ha obsequiado al general Muniz, jefe de la división de Cerro Largo, con un valioso apero y un riquísimo poncho.

Bien puede así defenderse, pues si el caso es peligroso, y se encuentra en un apuro tiene cómo alzar el poncho.

El pañuelo es indudable que ha ejercido siempre entre nosotros una influencia decisiva en cuestión de partidos.

Pero nada tan original como lo ha entendido un súbdito italiano.

Su filiación política la explicaba de la siguiente manera:

—Vea usted, signor. Yo antes era colorato, y por eso me ponía un pañuelo colorato en el pezcuezo. Todo iba bien, muy bien, hasta que in día me llovió encima... ¡y Cristol!... me distinguí di colorata tutta la camisa.

Me puse otra camisa... ¡y Madona!... me llovió encima otra vez y me distinguí de nuevo. Entonces no quise ser más colorato, y me puse un pañuelo blanco. ¡Ahora si que estoy contento! ¡El partido blanco es el bueno!

—¡Ah, sí! ¿Tiene Vd. muchas simpatías por él?

—¡Qué simpatía ni nada! Es que no gasto en la lavandera porque no me distinguen los pañuelos.

Por lo visto el partidario italiano era un furioso amante de los pañuelos.

En broma dice epigramas el escritor Monterosa, y yo aseguro que con sus epigramas embroma.

En un examen de geografía:

—¿Cuál es el mar más grande que Vd. conoce?

—El *Mar sin Orillas* de Echegaray.

Al año menos tres meses una casada de arranque, por más tímida que sea lo lleva todo adelante.

—Yo te garanto, hijo, que si se llega á efectuar el *meeting* yo voy de remington.

—¡Pero desgraciado! Te lo quitan, te lo quitan!

—Y bien, me quedo en mangas de camisa.

La *Tribuna Popular* y *El Pueblo* de San José han transcripto las décimas publicadas en nuestro número anterior.

Merci.

Correspondencia particular

Esquilo—Montevideo.—Eso no tiene mérito ninguno. El decadentismo no es decir cosas sin piés ni cabeza. Eso es un *descuartizamiento* literario.

Mil y una noches—Montevideo.—La prosa no me agrada, y el verso es demasiado extenso. Para leerlo se necesitaría *Mil y una noches*.

Tulipán—Montevideo.—No sirve.

Maria Pia—Montevideo.—¡Por piedad, doña Maria! Yo le perdono, no obstante.

Pejerrey—Montevideo.—Si Vd. admite que se le enmiende, puede ir. Conteste usted.



No quería faltar, quería conservarse honrada y pura, no quería sonrojarse delante de su hija, y pedía á Dios le concediera la gracia de vencerse.

Pobre Nita, la prueba fué dura, pero al fin Dios la oyó. Lentamente fué recobrando su espíritu el equilibrio y su natural energía. Luchando constantemente consiguió alejar la tentación y fortalecerse contra esa ternura que la ablandaba y ofuscaba su razón. La imagen de Daniel imperaba soberana en su alma, pero con su tenacidad y firmeza de propósito consiguió poco á poco quitarle su peligroso poder. A medida que recuperaba su valor perdido, esa imagen depurada, idealizada, se recogía en su corazón como el recuerdo imperecedero de un sér querido que ya no existe. Después de largos días de lucha consiguió ese pobre triunfo sobre sí misma, y rendida, extenuada, entristecida, volvió á tomar su cruz, esa cruz que estuvo á punto de arrojar al suelo, y con la árida satisfacción del deber cumplido, recompensa irrisoria para tan amargo sacrificio, emprendió de nuevo su camino.

Horacio parecía querer poner á prueba toda la paciencia, toda la resignación de su mujer. Ya no daba un instante de reposo á su desgraciado cuerpo. Todo el día se embriagaba con rabioso ahinco; el deseo por el alcohol había llegado á ser insaciable. De noche se arrastraba hasta alguna casa de juego donde seguía embriagándose, y jugaba todo el dinero que podía arrancar á Nita á fuerza de violencias; hasta que vencido por la embriaguez, congestionado, diforme, repugnante, rodaba inerte bajo la mesa, presa de profundo sopor, la hinchada boca abierta, exhalando entre ronquidos el tufo repugnante del alcohol.

Una noche que había bebido aún más que de costumbre, después de perder el dinero que había traído, se levantó de la mesa de juego renegando furioso de su mala suerte, y tambaleándose llegó hasta un sofá en el que se recostó, no tardando en dormirse profundamente.

Las horas pasaban, diligentes. Las horas negras de la noche, silenciosas y tranquilas para algunos, febriles y vertiginosas para muchos, desordenadas y llenas de vicio para los más. Pasaron, indiferentes, y llegaron las horas grises, las de alas de niebla, derramando á su paso frío y malestar.

Y al llegar el alba, los *habitués* de la casa de juego se estremecieron, se desperezaron, y levantándose de sus asientos, sin mirarse ni despedirse, buscaron sus abrigo y sombreros. Se escurrieron silenciosos por la obscura escalera, y al verse en la calle envueltos en la sonrosada luz de la naciente aurora, bajaron avergonzados el ala del som-

brero sobre los ojos, y tomaron con paso rápido el camino de sus casas.

Pero Horacio no se movió. Ninguno de sus compañeros de vicio había notado que sus ronquidos disminuían de intensidad, y luego debilitándose poco á poco cesaban por completo. Cuando los sirvientes de la casa trataron de despestarlo, lo encontraron rígido y frío.

IX

La muerte inesperada de Horacio llenó á Nita de horror y de remordimiento. Horror le causaba pensar cómo y donde había muerto, solo, sin cuidados, sin nadie que hiciera un esfuerzo para aliviarlo. Lo lloró sinceramente, tratando de no acordarse más que del tiempo en que era una brillante esperanza, lleno de poesía, novio cariñoso, esposo enamorado, aquel tiempo que tan poco duró, cuando ella lo amaba... pero no podía borrar de su memoria el recuerdo de los días aciagos, de vicio, de violencia brutal, de desamor y de envilecimiento.

Quería recordar al Horacio ideal, de ojos soñadores, de porte aristocrático, de frente genial, y la imagen que se le aparecía era la de Horacio ébrio, congestionado, de facciones hinchadas, despidiendo repugnante olor á alcohol, de lenguaje brutal y violento.

Y entonces venía el remordimiento. Porque Nita sentía una sensación de bienestar indecible, como si le hubieran quitado de encima un peso abrumador: Al fin era mujer. Pero como era buena se reconvenía por ello, se consideraba culpable y se esforzaba por sentir mayor dolor.

Pero, vaya uno á llorar cuando no se tienen ganas! La esperanza por tanto tiempo desterrada de su corazón, había abierto sigilosamente la puerta y había tomado posesión de su nueva conquista. Y andando el tiempo esa sensación de horror y de remordimiento se fué atenuando y llegó hasta desaparecer.

Hacia un año que había muerto Horacio. Nita, rejuvenecida, había recobrado su carácter amable y risueño. Su delicada belleza afinada por el pasado sufrimiento, estaba en todo su esplendor; y con su hijita en los brazos, sentada cerca de la ventana, con una sonrisa soñadora en los labios y en los ojos, estaba encantadora.

A los pocos días de muerto Horacio, Nita recibió una carta de Daniel que le decía: «Nita, estoy aquí. Si en algo me necesitas, si en algo puedo servirte, escríbeme una palabra, una sola me bastará».

En esa carta pensaba Nita sentada cerca de la ventana.

No había querido, por respeto al desgraciado muerto, dar alas á la pasión que había comprimido en su corazón, y que pugnaba por libertarse, ardiente, avasalladora. Nita no quería, tenía vergüenza. Esperaría un año antes de llamar á Daniel.

Y durante ese año había amado en silencio feliz y segura, esperando que se cumpliera el plazo con la impaciencia de una niña. Soñaba con el instante de volver á ver á Daniel. ¿Qué le diría? Oh! ella, nada. Solo con verlo se contentaría. Oh, qué dicha verlo, oírlo, sentir su mano en la suya, leer en su mirada el tan ansiado cariño!...

Acababa de contestar á la carta que Daniel le había escrito hacía un año. Y le había escrito una sola palabra como se lo pedía él: «Ven».

Y ahora esperaba ansiosa, con su hijita en los brazos la llegada de Daniel. Y le entraba una súbita inquietud, una duda que no le había asaltado hasta entonces: Si Daniel no hubiese esperado! Un año es tan largo, sin un rayo de esperanza que aliente el corazón.

Agitada y trémula, desalentada ya, le parecía que hacía horas que había escrito, y ya que Daniel no venía, era que se había ido, ó que no la quería más...

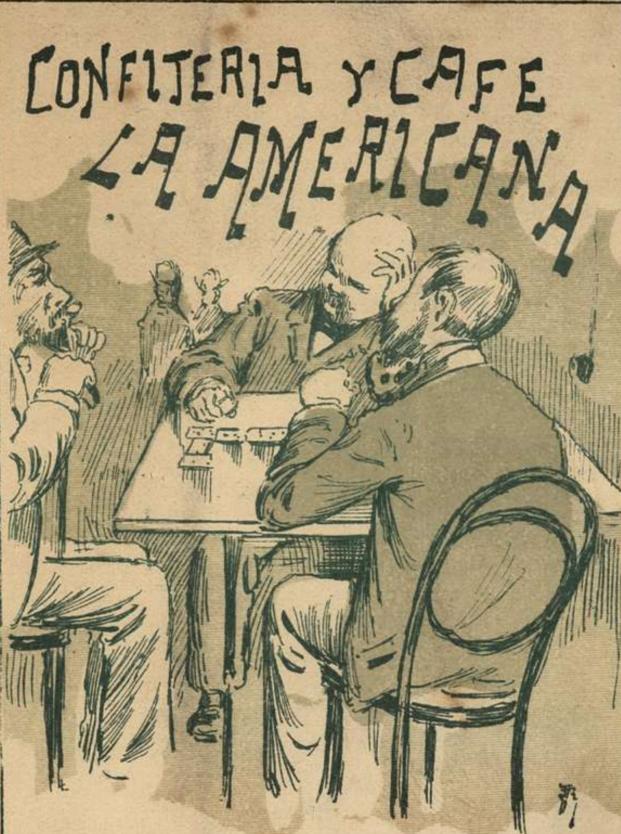
De pronto se abrió la puerta y apareció Daniel. Nita confusa se paró, y con los ojos bajos permaneció silenciosa. Daniel después de contemplarla un rato, murmuró con voz suplicante:

—«Nita!»

Nita alzó los ojos y vió á Daniel que la miraba temblando de emoción. Turbada y ruborosa, sonrió; y como Daniel, extático, se acercara y le tomara en sus brazos: «Oh, Daniel!», —murmuró— «¡Qué bueno es Dios!»

MIRIAM

Montevideo, Noviembre 6 de 1896.



Había llegado á Montevideo Baroutel, el célebre jugador de billar, y un centenar de personas admiraba su gran habilidad en el juego, alrededor de una de las mesas de «La Americana», y era preciso ver á aquel hombre con la precisión y destreza que ejecutaba las más difíciles carambolas. Colocar una bola en el suelo, dar un golpe de taco á una de las que estaban en la mesa y hacer una elegante carambola, que era recibida con nutridos aplausos; trazar líneas de tiza sobre el paño, dar á una bola el efecto necesario y hacerla tocar las otras dos recorriendo con precisión matemática aquellas líneas trazadas á capricho.

Pero una vez terminada una larga serie de ejercicios, quiso el jugador aprovechar las simpatías que se había granjeado entre la numerosa concurrencia y presentó un vistoso taco de billar que, se dispuso á rifarlo, para lo cual comenzó á repartir los boletos correspondientes.

Pero qué desengaño; aquella propuesta hizo el efecto de un toque de corneta anunciando retirada. Salvo algunos muy aficionados, los demás con gran disimulo le iban sacando el cuerpo á los boletos y se retiraban de la mesa donde Baroutel ofrecía la rifa de su taco.

Uno de ellos á quien un amigo le invitaba á jugar un ajedrez le decía:

—No, si yo ya me voy, pasaba por aquí, me dijeron que Baroutel iba á hacer una carambola que era digna de verse y por eso entré.

—Pero eso no importa, le contestó el amigo, aunque hayas entrado por carambola bien puedes quedarte á jugar un ajedrez.

Iba á insistir en su invitación, cuando notó que el jugador de billar se dirigía hacia ellos y echando mano al reloj dijo con mucho disimulo:

—Bueno; dejaremos para otro día; es algo tarde y me olvidaba que tenía que hacer.

Pasó una media hora y en el espacioso local de la Americana no quedó más que la clientela de costumbre, bastante numerosa para ocupar la mayoría de las mesas y mantener las luces de los billares hasta la una.

Y toda ella siguió como siempre entregada á diferentes juegos; ya sobre los tableros de ajedrez, que absorben la atención como la resolución de un problema; ya en los juegos de dominó y de cartas que dan lugar á variadas conversaciones y por último en las mesas de billar en una de las cuales el juego de guerra mantenía en constante alboroto á un grupo bastante crecido de aficionados, cada cual en continua excitación, esperando su puesto de lucha en el cual una billa desfavorable los separaba del juego ó un golpe habilmente ejecutado, les valía un aplauso y los hacía adelantar un puesto en aquel combate sobre el paño.

Pero todo el movimiento del café y el conjunto de conversaciones que animaba la sala, era digno de notarlo en sus detalles.

—Santiago; un cañón pedía un jugador de dominó. Y léjos de lo que yo me figuraba, apareció el mozo con un soberbio chopp, capaz de satisfacer á un alemán después de una partida de bolos.

Y la verdad, que es ocurrencia la del dueño de la Americana, comparar á un cañón con un vaso de cerveza, lo cual es como burlarse de la célebre pieza de fortaleza que tenemos en el Cerro que, según dicen algunos solo sirve para anunciar la puesta del sol.

—Sírvase señor, dijo el mozo al entregar su

cañón; es bueno armarse ahora que los Blancos van á invadir.

—Si es bueno armarse porque ya invadirán, ya invadirán, agregó uno de los jugadores y al decir esto, ponía una piedra blanca en la fila de fichas.

Siguió el juego y su compañero lo imitó abriendo también á blanca.

—No tengo, dijo el contrario de la izquierda.

Ya invadieron, exclamó el jugador golpeando con toda satisfacción sobre la mesa el doble blanco y haciendo dominó.



Terminado aquel partido que, había estado viéndose con interés, pedí un diario, dispuesto á enterarme de las últimas noticias sobre la revolución; pero vino á llamarme la atención el brebaje especial que preparaba un individuo en la mesa de al lado.

—Mira, le decía á un amigo con quien jugaba al dominó, yo ya no sé qué tomar, he probado desde el weeshky hasta el licor de menta; ahora voy á tomar una bebida que he compuesto.

Y empezó por pedir un vaso de café frío, al cual le agregó una buena dosis de goma con cognac, llenando de agua el resto del vaso.

—Podías agregarle un poco de soda y unos polvos de canela, le dijo el amigo.

—Si quieres no tienes más que pedir contestó el otro, de todos modos tú vés á pagar lo que estoy tomando, porque este partido lo tengo seguro.

Y al decir esto, revolvió las piedras de tal modo que todos los tres le vinieron á su juego.

Pero el amigo que hacía rato maliciaba aquella trampa, le dijo:

—Así si que se juega sobre seguro; haciendo elección de las fichas... Estás cometiendo un fraude electoral de fichas.

Y como el otro en vez de darse por entendido, se puso á tomar su brebaje de café frío, un tercero que estaba con ellos dijo:

—También ¿qué puede esperarse, de un individuo amigo de café frío?

Terminado aquel diálogo que, me había interrumpido la lectura de las noticias revolucionarias, tomé de nuevo el diario; pero no bien había leído un par de líneas cuando vino uno á invitarme para hacer un partido de ajedrez.

—Lo que es hoy me iré del café sin saber las noticias que buscaba, le dije.

—¿Se trata de algo muy interesante?

—Ya lo creo; aseguran los diarios que la revolución va á estallar dentro de unos días; bien vale la pena de ocuparse de ella.

—Pues no veo el objeto; de todos modos no van á quedar ni restos de ella.

—¿Cómo?

—¿No aseguran que va á estallar?

A. E.

